

ALFONSO REYES Y CARLOS FUENTES: VIVIR PARA ESCRIBIR

● VICENTE QUIRARTE

Convocamos la presencia de dos nombres siempre unidos: el de Alfonso Reyes y el de Carlos Fuentes, escritores que enaltecen la lengua y nos enorgullecen. Defendieron a México con sus vidas y lo defienden con su herencia renovada. Al articularla como es debido, hacemos de la palabra un instrumento para vencer el paso de los días. A ellos debemos que la comunicación se convierta en comunión; el monólogo en diálogo; la voluntad

solitaria en epifanía colectiva. En la lectura silenciosa o en voz alta, Alfonso y Carlos son nuestros amigos, conforme al sentido de la amistad que ambos cultivaron ejemplarmente. Entre muchas otras cosas, Fuentes nos enseñó que "saber estar juntos sin decir nada es una forma superior de la amistad. Es respeto, es reverencia. Es reflexión opuesta al mero parloteo".

En el primer texto publicado sobre Reyes, Fuentes omite entrar en detalles sobre las circunstancias

de su cercanía. Por fortuna, el paso de los años lo llevó a compartirnos instantes definitivos de una amistad que jamás se nubló, ejemplo de tolerancia, mutua admiración y auténtico afecto, en un gremio destrozado por odios tribales, obtusos y bizantinos. En el libro *Personas*, cuya aparición está fechada en abril de 2012, Fuentes vuelve a dar testimonio de la admiración que le despierta su hermano mayor: "Para Reyes la literatura no es estado de alma que conduce a la santidad o al melodrama. Es palabra trascendida, es lenguaje dentro del lenguaje... nunca dejó de ser atacado por los chovinistas irredentos, los escritores inferiores, los resentidos y los que buscaban en su obra lo que no estaba, lo que no tenía por qué estar allí" (Fuentes, 2012: 22-23).

El título de mis palabras puede sonar en principio ocioso. Vivir para escribir. ¿Qué criatura enfrentada de manera inevitable –fatal y gozosa– a las palabras no dedica a ellas la parte más poderosa de su ser? En principio, todas. Pero Reyes y Fuentes fueron, en sus respectivos tiempos, excepcionales. No solamente hicieron de la escritura navegación de envergadura mayúscula, sino creyeron firmemente que la palabra ilumina y fortalece, forma y transforma, enriquece a quien la cultiva y a quien la recibe. Pelearon contra ellos mismos para vencer al silencio, la cobardía, la pereza. La fecundidad de ambos es paralela a la amplitud del espectro de sus inquietudes. Uno logró que cada tema tratado por su pluma se transformara en nueva aventura llena de invitaciones y riesgos, de posibilidades infinitas. El otro hizo una gran fábula de México en el concierto universal y a través de todas sus edades. Lo que Fuentes afirma de Reyes puede aplicarse igualmente a él:

Fruto de la disciplina y de la integridad intelectual en un país de improvisaciones y pretextos, de días y trabajos dilapidados en el sarcasmo y el ingenio de café. Fruto de la reverencia más honda hacia los quehaceres de los hombres, en un país en el que las burlas disfrazan las insuficiencias. Fruto de se ha dicho tanto de la vocación literaria más

firme y frondosa que ha dado un país caracterizado por la alegre renuncia, por la fácil acrobacia que utiliza el trampolín literario para alcanzar otros, más cómodos trapecios. Fruto inevitable de una superioridad intelectual, espiritual, que contrastaba violentamente con la resignada mediocridad que México acostumbra consagrar (Fuentes, 2012: 22-23).

El texto de esta temprana, justa y completa valoración fue escrito casi tras el fallecimiento de don Alfonso, ocurrida el 27 de diciembre de 1959, pues Fuentes lo fecha entre los años 1960 y 1969. Posteriormente lo incluye en su libro de ensayos *Casa con dos puertas*, de 1970. Más adelante, en una entrevista a propósito del otorgamiento a su persona del Premio Internacional Alfonso Reyes en 1979, el novelista proporciona datos invaluable sobre una de las grandes lecciones alfonsinas:

...iba yo muy a menudo a acompañarlo a Cuernavaca y me alojaba en una casita que tenía un prodigioso jardín tropical, en un hotel que existía entonces y que se llamaba el Hotel Marik. Le habían rentado esa casita o se la habían dado a Reyes. Claro, yo me iba a veces de parranda, tenía diecisiete o dieciocho años, y llegaba a las cinco de la mañana y había una lucecita prendida en la biblioteca y era Reyes escribiendo. De modo que yo llegaba de las parrandas y Reyes ya estaba escribiendo, como un gnomo de cuentos de hadas ahí estaba. Y yo le decía: "Don Alfonso, ¿cómo está usted escribiendo a las cinco de la mañana?". Y me contestaba: "Sí, porque yo sigo la lección de Goethe". "¿Y cuál es la lección de Goethe?". "Levantarse temprano y quitarle la crema al día, escribir entre cinco y siete, y luego tener tiempo para otros intereses: política, diplomacia, la intriga de la corte de Weimar, mineralogía, teoría de los colores y seducir camaradas". Entonces, yo creo

que me dio una lección Reyes de no ser parrandero y de más bien levantarme a las cinco de la mañana a escribir, cosa que todavía hago todos los días en honor de don Alfonso.

Legendaria y ejemplar fue la disciplina –que puede ser más ampliamente explicada por la bella Silvia Lemus– que Fuentes demostró para practicar con éxito paralelo el oficio de vivir y el oficio de escribir: escribir plenamente lo llevaba a vivir con plenitud. El agua lo templaba, lo hacía otra vez nonato y ser al mismo tiempo el hombre vigoroso que fecundaba a la Creación y a su vez era fecundado por ella. José Emilio Pacheco hizo notar que para Carlos no existió el bloqueo, la página en blanco, porque halló la cura para la locura y al caos en el acto diario de enfrentarse a sí mismo, confrontar la escritura con la enorme minucia que aniquila. Si ese ejemplo lo aprendió el joven Fuentes del veterano Reyes, este debe de haber agradecido el consejo que le daba el muchacho Carlos al decirle que no tomara en cuenta los ataques que le hacían.

Alfonso Reyes se afirmaba que escribir era limpiar de papeles el escritorio. Como ha notado Alfonso Rangel Guerra en su libro *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, la figura más próxima al ideal alfonsino del sabio, lo encarnaba Goethe. Ya desde su *Diario de Río de Janeiro*, el 25 de septiembre de 1931, Reyes confiesa:

Goethe no solo me inspira, no solo me ayuda a entender ciertos ideales muy míos, sino que me da el mejor retrato de mis defectos y el cuadro de los peligros que me amenazan. Él se libró a fuerza de genio. Yo solo puedo librarme con paciencia y con diligencia. He aquí a lo que quiero referirme particularmente: el tomar el arte como una parte de la vida, trabada en todas las cosas de la vida, despedaza la vida y la convierte en un montón de ensayos fragmentarios...Yo me muero de notitas. Quisiera, en un gran desperezo, organizar todo. (Reyes, 2011:45).

Debo a la memoria y generosidad de Adolfo Castañón, navegante mayor de la obra de Alfonso Reyes, la primera consignación escrita de sobre Carlos Fuentes. El 30 de agosto de 1931 en Río de Janeiro fue

un día particularmente lleno de sucesos insólitos para el embajador mexicano, que en varias páginas de su diario de esa época se duele de la casi nula actividad de su existencia. Ese día consigna la agitada excursión que “hizo hasta el campo en busca de la balumba de negros”, en compañía del escritor francés Paul Morand: el automóvil no llegaba, el sombrero nuevo de don Alfonso cayó al agua, la barcaza en que viajaban estuvo a punto de zozobrar. La parte que rubrica la entrada de ese día no resulta menos dramática: “Otro día, de mañana, sigue la *quique*; en vez del tiempo mágico de la noche anterior, tormenta; y al teléfono, Fuentes avisa que a su hijito le ha picado tal vez un alacrán, grita, se retuerce, echa espuma por la boca, y tiene el brazo rojo y un piquete entre dos dedos. ¡La macumba!” (Reyes, 2011: 41).

No tenemos datos posteriores, en el *Diario de Reyes*, sobre la evolución de la salud del niño que se llamaba Carlos Fuentes Macías, hijo de Rafael Fuentes Boettiger y Berta Macías Rivas que habían llegado a Río a bordo del *Western Prince* el 11 de septiembre de 1930. Naturalmente, el niño se curó de la picadura de alacrán, y se convirtió en un adolescente que a los dieciséis años, cultivando crecientemente la amistad de Alonso Reyes, recibió la reprimenda de no haber leído a Stendahl. La relación entre ambos surgió inicialmente de la caballerosidad natural de Rafael Fuentes y su profesionalismo en el trabajo diplomático. Recuerda Carlos Fuentes:

Alfonso Reyes dejó testimonio de mi padre: “Era un hombre esencial, sin espuma”. Ese hombre sin espuma llegó un día a la embajada de México en Río de Janeiro y encontró al máximo escritor mexicano contestando oficios, descifrando cables y archivando recortes. “Yo me ocupo de la oficina, don Alfonso”, le dijo mi padre. “Usted dedíquese a escribir”. (Fuentes, 2002:78).

Carlos Fuentes publica su primera y trascendental novela, *La región más transparente*, en la primavera de 1958, cuando Alfonso Reyes se halla en el apogeo de su vida intelectual; la biológica, por desgracia, no habrá de durar sino un año y medio después. Una vidente le profetizó en 1931 una enfermedad grave a los 59 años pero una vida larga de 82. La segunda predicción,

por desgracia, no se cumplió, pero la longevidad sí se consumó en Fuentes, continuamente partido de este mundo con la misma energía con la que llegó a él. *La región más transparente* aparece a la mitad de un siglo donde el mundo occidental ha encontrado en la novela el modo más acabado de expresión literaria, según ha visto René M. Albérés en su estudio sobre la novela moderna. Más allá de explotar la sensibilidad o la imaginación, apunta, su arsenal estará dedicado a la construcción de laberintos mentales para cumplir con las responsabilidades e inquietudes que antes fueron propias de la epopeya, la crónica, el tratado moral y, por supuesto, la poesía. Si la novela es el género más seductor que existe, es porque al mismo tiempo que ofrece lo que podemos llamar una anécdota, una intriga, un misterio que obliga al lector a ser cómplice del escritor, al mismo tiempo contiene un vasto registro de resonancias psicológicas, sociales, ontológicas, estéticas y simbólicas.

Cuando Fuentes nace a la vida literaria, el significante México se encuentra en búsqueda de sus múltiples y posibles significados. La Revolución, que cumple su primer cincuentenario en 1960, será analizada desde diferentes perspectivas, e incorporada al discurso oficial como la consumación del edén en la tierra. Esas conquistas predicadas por el alemanismo serán analizadas por un autor de la generación posterior a la de Fuentes, José Emilio Pacheco, en la novela *Las batallas en el desierto*. Autores de todas las disciplinas se afanan en hacer la anatomía del ser nacional, de la identidad y las contradicciones de su ontología. Desde 1934, el filósofo Samuel Ramos había publicado *El perfil del hombre y la cultura en México*. En la colección México y lo mexicano, publicada por la Editorial Porrúa y Obregón, aparecen *La x en la frente* del propio Alfonso Reyes, *Conciencia y posibilidad del mexicano* de Leopoldo Zea, *Análisis del ser del mexicano* de Emilio Uranga, *En torno a la filosofía mexicana* de José Gaos.

México logrará una conquista a la inversa al atraer la atención y la pasión de autores españoles como el Luis Cernuda de *Variaciones sobre tema mexicano* o el José Moreno Villa de *Cornucopia de México*. Si con los

LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE ES LA ÚLTIMA DE LAS NOVELAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA, Y LA PRIMERA EN QUE FUENTES HACE LA ANATOMÍA DE ESE GRAN EXPERIMENTO SOCIAL, PROLONGADO, ACCIDENTADO Y CONTRADICTORIO.

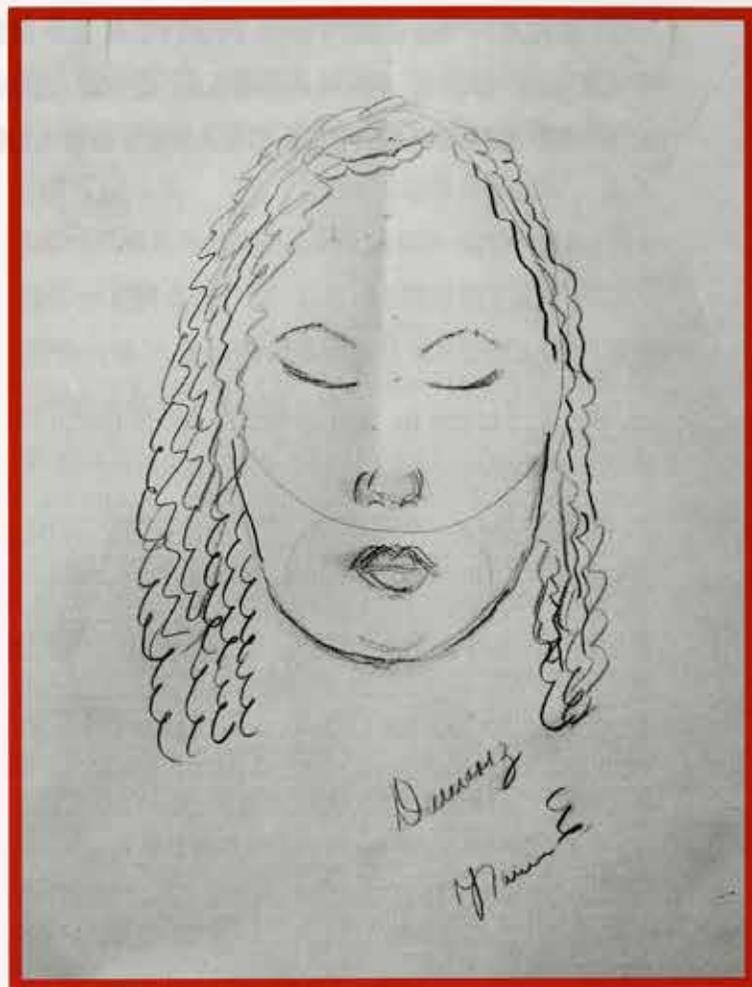
Contemporáneos México se había puesto de moda para el extranjero, en la generación de Fuentes México se vuelve una moda para el mexicano: un espejo incómodo, insustituible, inevitable. Tras bajarse del caballo, y sin haberse sacudido por completo el polvo del camino, La Revolución se está durmiendo en sus laureles: es hora de que sus pensadores la despierten, la cuestionen, le pidan cuentas.

La región más transparente es la última de las novelas de la Revolución Mexicana, y la primera en que Fuentes hace la anatomía de ese gran experimento social, prolongado, accidentado y contradictorio. A explorar los múltiples caminos y mitificaciones de esa revolución que ha sido calificada de diferentes formas –continuada, traicionada, interrumpida– Fuentes dedicará varias obras posteriores. Amplificará notas, temas, atmósferas. Por eso no es exagerado decir que *La región más transparente* es el nacimiento de Carlos Fuentes. Respuesta tan inmediata por parte de sus lectores hace más amplio y evidente el horizonte de expectación de nuestro autor: *La muerte de Artemio Cruz* profundiza en el retrato de Federico Robles como símbolo de la Revolución transformada; *Gringo viejo*, la vida imaginaria de Ambrose Bierce y su desaparición en el fragor revolucionario; *Agua quemada*, la biografía fragmentada pero unitaria de una ciudad que cambia con sus personajes pero que en el fondo permanece inalterable.

¿Por qué titula Fuentes su obra *La región más transparente*? La expresión había sido forjada –rescatada o prestigiada– en 1917 por Alfonso Reyes como declaración de principios o invitación al viaje al frente de su *Visión de Anáhuac*, texto escrito tres años después de la muerte de su padre, ese 9 de febrero de

1913 en que se convierte en la primera víctima visible de la Decena Trágica. Reyes escribe en el exilio y con la firme voluntad de exorcizar fantasmas de la venganza y el rencor. Síntesis del paisaje que ojos extranjeros tuvieron de nuestra antigua tierra y de cómo la imaginación y la realidad fueron delineando los contornos de un paisaje que es inevitablemente nuestro. A esa expresión llegó Reyes luego de varias generaciones de propios y extraños que habían dejado testimonio de su admiración por la transparencia inverosímil del aire. Thomas Gage, en su libro *A New Survey of the West Indies*, aparecido en 1648, al tener a la vista la ciudad de México, exclama: "Nos pareció que la íbamos a tocar con la mano si bien distaba todavía la llanura donde está situada casi diez millas del pie de la montaña". Dos siglos más tarde, Charles Joseph Latrobe, autor de libro *A Rambler in México* (1836), y quien habla de México como una ciudad de palacios, elogia "una gloriosa mañana en que el brillante sol iluminaba las fachadas de los edificios como plata y esmalte". Todavía en el México de los años veinte, la revista *Ulises* incluía la publicidad de los cursos de verano ofrecidos por la Universidad Nacional, y exaltaba la belleza de una Ciudad de México desde cuyas calles podían observarse los volcanes nevados. En estas lecturas del país y la ciudad capital a través de los siglos, México era *Casi el paraíso* (1956), título de la novela de Luis Spota donde, al igual que en la obra de teatro *El gesticulador* de Rodolfo Usigli – estrenada en el significativo 1937, un año antes de la expropiación petrolera– la simulación es el secreto para la supervivencia, sin importar los medios que se utilizan. "Dame clase y te doy lana. Dame lana y te doy clase" será una de las frases repetidas por los personajes de la novela.

Al elegir la frase de Alfonso Reyes para dar título a su novela, Fuentes formula la tesis que habrá de sostener su propuesta ideológica y narrativa. La Ciudad de México se levantó en una zona fatal en su asiento pero gloriosa en su clima, su cielo. "México en una laguna" es el título de uno de los capítulos. Tierra enfangada, vacilante, veleidosa. Transparencia del aire que no garantiza la transparencia de sus pobladores, amantes del disfraz, urgidos por hacer de los suyos *días enmascarados*, por aparentar, por buscarse sin encontrarse, por no dejar de luchar ni



siquiera en el aparente estatismo y pasividad de los personajes y situaciones. "Primavera inmortal y sus indicios", dijo Bernardo de Balbuena en 1605. La frase aparece interpretada de diversas maneras en la obra de Fuentes. De manera particular, la ve como símbolo del estatismo, de la incapacidad mexicana para cerrar ciclos y cambiar de territorio.

El carácter caudaloso, polígrafo y por lo mismo a veces temible de la escritura de Reyes provoca que en el regiomontano universal el bosque no permita ver los árboles. "La cena" es uno de sus textos más antologados, tanto por su misteriosa elegancia como por la recreación de la atmósfera de la ciudad nocturna, el final ambiguo que propicia toda clase de interpretaciones. La enigmática pareja femenina de Amelia y Magdalena prefigura la *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia y, más señaladamente, la *Aura* de Carlos Fuentes. El texto fue escrito en 1912, año de

UN GRAN ESCRITOR NUNCA ES UNÍVOCO, Y CADA RELATO DE FUENTES ES UNA PARÁBOLA QUE ADMITE TANTAS INTERPRETACIONES COMO DIFERENTES CLASES DE LECTORES EXISTEN.

la trágica muerte de Bernardo Reyes, y se incorporó al libro *El plano oblicuo. Cuentos y diálogos*, publicado en 1920. El texto ha tenido multitud de lecturas, desde la onírica hasta la fantástica. Se trata de un texto inquietante cuya zozobra nace de una frase enunciada por el propio personaje narrador al recibir la enigmática invitación a una casa con personas que no conoce pero cuyo nombre ellas saben. El personaje, que de manera sintomática se llama Alfonso, se da cuenta de que está a entrar en una zona desconocida "cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible". Con frecuencia, se cita el paralelo entre este texto magistral y *Aura*, otra obra maestra aparecida medio siglo después, en 1962. Todos los caminos de Henry James desembocan en esa pequeña gran obra maestra titulada *Otra vuelta de tuerca*. Todos los lectores de Carlos Fuentes confluyen, tarde o temprano y de manera unánime, en la breve y creciente intensidad de *Aura*. Para autores con una obra de tan fuerte densidad expresiva, de tan amplio espectro de registros, esta preferencia podría parecer ofensiva. No lo es, porque en *Aura* se encuentran resumidos los elementos del narrador que hechiza a sus lectores y del personaje -Felipe Montero- que a su vez se ve hechizado por el amor y la muerte, por su sitio en la historia cíclica, cuyo reconocimiento le provoca horror pero al mismo tiempo fascinación. En ese su primer inventario de fantasmas, nuestro escritor tenía antecedentes tanto en su lengua como en su México. La insondable atracción hacia nuestra mitad oscura y visionaria, el descubrimiento de lo que podemos mirar del otro lado del espejo, se halla en *El Aleph* de Jorge Luis Borges y aparecerá luego, de manera fulgurante, en el *Bestiario* de Julio Cortázar. Fantasmales serán voces y presencias en la prosa de Juan Rulfo como antes lo fueron las enlutadas que marcan el primer acorde de *Al filo del agua* de Agustín Yáñez. La diferencia de los

cuentos de Fuentes incluidos en *Los días enmascarados* es su carácter desinteresado, la pureza que como cuentos de horror mantienen, además de su inevitable carga metafórica. Pueden ser leídos de manera simbólica, pero su objetivo principal e inmediato es despertar en el lector un estremecimiento que altere su realidad, su tranquilidad. Y su sueño. Casi medio siglo después de sus cuentos de juventud, Carlos Fuentes publicó el año 2003 *Inquieta compañía*, cuyos siete cuentos, en su totalidad, están dedicados a estudiar el lado oscuro. En esas cinco décadas la Ciudad de México, escenario de la mayoría de estos relatos, ha experimentado un cambio de piel. Se ha convertido, como dice José Emilio Pacheco, en la ciudad de los batracios, en una vieja contradictoria poblada en su mayoría por jóvenes.

Un gran escritor nunca es unívoco, y cada relato de Fuentes es una parábola que admite tantas interpretaciones como diferentes clases de lectores existen. Sin embargo, para lograr un gran cuento de fantasmas, ese que despierte, como quería el poeta, el roce de un ala desconocida y sintamos que puede ser de un ángel o un demonio y que en ambos casos nos conduzca a la belleza como el principio del terror que aún somos capaces de soportar, es una de las tareas más difíciles de lograr. Lo admirable en Fuentes es que a lo largo de su extensa saga narrativa, haya continuado fiel a ese género y lo practique con plena conciencia del carácter metafórico que tiene la oposición freudiana entre lo doméstico y lo siniestro, pero al mismo tiempo los escriba con apego a la ortodoxia del género.

Como Reyes, Fuentes no teme utilizar las convenciones del género y tiene siempre la habilidad para torcer la mano del lector y conducirlo al desenlace terrible. Igualmente tienen lugar los ritos de paso del protagonista enfrentado al misterio: el ingreso al ámbito en principio doméstico que se transmuta

en plataforma para el viaje iniciático; la separación, el reconocimiento y el retorno. Esta última etapa tiene en varios relatos una doble vuelta de tuerca: el lector y el protagonista sienten que han salvado todos los escollos y han reestablecido la situación inicial, pero un horror más grande los espera. Así ocurre con el Carlos del cuento "La muñeca reina" o con el doctor del titulado "La bella durmiente". En ambos, el enfrentamiento con la pesadilla o la anagnórisis es el prelude para una prueba mayor de la que no habrá retorno: nosotros, tú, lector, será quien decida si esa integración o reintegración al dominio de lo otro es un beneficio o un mal. Tú, Felipe Montero, profesor de Historia, sabrás mejor que nadie si deseas regresar al tiempo que está más allá de los hombres y sus leyes. Solo tú, lector, sabrás si el amor es constante más allá de la muerte, si tienes la fuerza y la valentía para esperar la reincidente epifanía. Solo tú, quien al recibir con gratitud y creciente ansia el peso de ser la persona que respira, ama y jadea en el cuerpo de la novela, intenso y breve como el de la propia Aura, estás capacitado para saber si deseas permanecer en ese reino donde podrás ver lo que ningún ser ha contemplado.

A la generosidad de Carlos Fuentes y a la cátedra que en esta ciudad lleva su nombre, debo la invitación para escribir el prólogo a una antología de los textos que Alfonso Reyes dedicó a la literatura española. Entonces recordé que el año 1959, último de su fecunda y generosa existencia, Alfonso Reyes escribió para la Secretaría de Educación Pública un ensayo titulado, llanamente, *Nuestra lengua*. Impreso en los Talleres Gráficos de la Nación, la humildad de un papel que la justicia poética denomina Revolución se ve compensada por un elegante diseño tipográfico y el gran tiraje de la edición. En la cima de su autoridad ética y estética, admirado y reconocido por sus pares y lectores en México y el extranjero, director de la Academia Mexicana y presidente de la junta de gobierno del Colegio de México, Reyes expone con claridad y cortesía el origen, evolución y estado actual del medio que utilizamos para comunicarnos, tanto en la vida cotidiana como en la expresión artística. No obstante que se trata de un texto de divulgación, debido a que es obra del polígrafo y virtuoso que

LA GENERACIÓN DE REYES PREDICÓ CON EL EJEMPLO LA MANERA DE DIALOGAR, TRANSFORMAR Y ENRIQUECER LA LENGUA MEDIANTE LA GLOSA, EL HOMENAJE Y LA INTERTEXTUALIDAD CON LAS LETRAS DE OTRAS LENGUAS.

nuestro autor fue en todo momento, en él fulguran al mismo tiempo el ingenio y la armonía, la originalidad y el descubrimiento. Además del valor intrínseco de este ensayo en la bibliografía de nuestro escritor, puede ser leído como un homenaje personal a la herramienta que utilizó con tal devoción, lealtad y maestría, que llevó a Jorge Luis Borges a afirmar que nadie en su tiempo manejaba el español como Alfonso Reyes.

La literatura mexicana es toda aquella escrita por mexicanos, dijo varias veces quien, como parte del Ateneo de la Juventud, dedicó sus afanes a desentrañar los principios de nuestra identidad pero también a comprender su inserción en el mundo, su diálogo con otros ámbitos y sensibilidades. En español combatimos, amamos y soñamos, pero el español que utilizamos no es el que se utiliza del otro lado del océano. La generación de Reyes predicó con el ejemplo la manera de dialogar, transformar y enriquecer la lengua mediante la glosa, el homenaje y la intertextualidad con las letras de otras lenguas. En este sentido, se halla muy próximo a Julio Torri, su estricto contemporáneo, quien enseñó durante varios años en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México, preparó un útil manual —*La literatura española* (1952)— y publicó un pequeño gran libro bajo el sugerente y provocador título *Ensayos y poemas* (1917) en el que demuestra una nueva forma de considerar ambos géneros y de leerse en los otros. Bajo el título, igualmente sobrio, de *Cuestiones estéticas*, un Alfonso Reyes de apenas 22 años de edad publica en 1911 ese su primer libro, unánime y nunca suficientemente celebrado. El volumen es

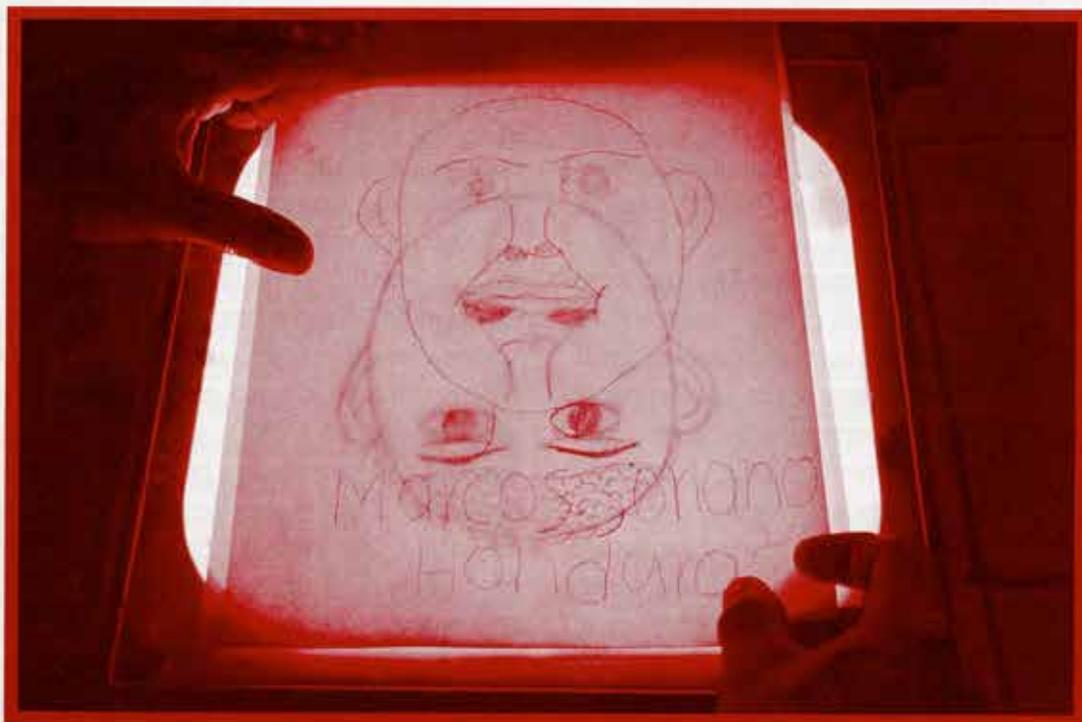
un manifiesto de temas y obsesiones a los que se mantendrá leal el autor sus años posteriores.

Igualmente notable resulta que este texto de Reyes haya sido originalmente una conferencia pronunciada el 26 de enero de 1910, es decir, 17 años antes de que los poetas españoles llevaran a cabo, de manera antioficial, pero convencida, emocionada y poética, una ceremonia en la iglesia de Santa Bárbara, para celebrar el tercer centenario de la muerte de don Luis de Góngora y Argote. Antes de que tuviera lugar ese acontecimiento que bautizó, de manera cronológica y espiritual, a la más brillante generación de poetas españoles del siglo XX, que leyeron y se leyeron en Góngora, un joven mexicano dedicaba su sensibilidad poética y su pasmosa penetración crítica para explicarse por qué un helenista y orientalista como Pedro de Valencia lo llamaba “primer poeta entre los modernos”, mientras otros de sus contemporáneos consideraban que el gongorismo se reducía a “una afectación y una artificialidad tan pasmosas que nada, a través de él, puede conservar siquiera su denominación corriente sino que ésta se cambia en perífrasis alambicada, donde los objetos desaparecen, al punto que apenas la exégesis del autor podría devolverlos a nuestro entendimiento.” (Reyes, 1955: 63).

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, el historiador Javier Garcíadiego trazó con lucidez y sensibilidad las vidas paralelas y divergentes de Alfonso Reyes y José Vasconcelos. Su modelo más remoto es la obra clásica de Plutarco, ese maestro de la Historia que logró trazar las rutas ejemplares, en el mejor sentido del término, de algunos de los más claros varones de Grecia y Roma. La tarea de hacerlo mismo con Reyes y Fuentes es desafiante y llena de estímulos. En mis palabras he querido solamente trazar algunos puntos de partida entre la persona y la obra de nuestros dos escritores mayúsculos.

En una de las numerosas entrevistas que se le hicieron, Alfonso Reyes confesó: “Escribo porque vivo” (en Martínez, 1992: 185) La solidez y sinceridad de casi todas sus páginas proviene de su lealtad a semejante declaración de principios. Las dedicadas a presentar ante nuestros ojos los trabajos y los días de autores que se valieron del idioma español con la misma habilidad y nobleza con que el Cid Campeador manejó su espada, están escritas no con erudición vacía, sino con la experiencia de quien hizo de su vida una forma de crear; de su escritura, una forma de respirar. Por eso sus páginas resultan tan vivas.

En la “Oración del 9 de febrero”, texto que da fe del acontecimiento mayor de su vida, la muerte del



REYES ERA TAN DISCIPLINADO COMO EL ALMA MILITAR DE SU PADRE, Y SUPO QUE LA MEJOR MANERA DE COMBATIR AL ENEMIGO INTERIOR ERA DOBLEGÁNDOLO CON LA DIARIA ACTIVIDAD, CON LA ALEGRÍA QUE PROPORCIONA ENFRENTAR EL PROBLEMA POR RESOLVER CON LA PRECISIÓN DE UN TEOREMA Y LA SORPRESA DE UN POEMA.

general Bernardo Reyes, el hijo Alfonso tiene el valor de recordar, con pudoroso sentido confesional: “Una vez fui, como de costumbre, a para mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente –muchas veces me sucedía esto en la adolescencia– ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a comenzar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio”. Reyes se refiere a la parálisis del alma provocada por la melancolía, que tiende sus alas negras encima de los seres más sensibles. El equilibrio se restablece conforme la pluma se carga varias veces de tinta y transforma el vacío del papel en palabras que justifican la diaria jornada. Reyes era tan disciplinado como el alma militar de su padre, y supo que la mejor manera de combatir al enemigo interior era doblegándolo con la diaria actividad, con la alegría que proporciona enfrentar el problema por resolver con la precisión de un teorema y la sorpresa de un poema. Quien no duda no llega. Son constantes los momentos en que Reyes da muestra de su desaliento ante la imposibilidad de crear, pero jamás abandona el intento por domar a la imposible yegua.

Con motivo de la entrega de los Premios de Literatura en el Palacio de Bellas Artes, dos semanas después de la partida de Carlos Fuentes, Silvia Lemus pronunció un breve y emotivo discurso, del cual me quedaron grabada la voluntad expresada por el escritor: lo que más pedía a la vida es que no

lo abandonaran la fe ni el entusiasmo. A punto de encontrarse el hombre Alfonso y el niño Carlos, el primero escribe en su diario: “Aún no saco mis libros y papeles, por lo que tardan en arreglar mis estantes. Quiere decir que no vivo sino a media respiración, y la conciencia se me llena de venenos, como siempre que interrumpo mi trabajo literario” (Reyes, 2011: 6).

Reyes llegó al final de sus días el 27 de diciembre de 1959. Por fortuna, alcanzó a leer la segunda novela de su joven amigo en ascenso y en plena actividad vital e intelectual, Carlos Fuentes dice que todo lo que don Alfonso rechazó en *La región más transparente* se transformó en elogio tras la lectura de *Las buenas conciencias*, obra donde Fuentes retorna al estilo galdosiano de la narración ortodoxa, cercana al gusto alfonsino. Federico Reyes Heróles hizo el inevitable paralelo entre las dos figuras en su discurso para despedir a Carlos Fuentes en el homenaje que se le hizo de cuerpo presente en el Palacio de Bellas Artes el 16 de mayo de 2012, y con sus palabras concluyen las mías:

Alumno informal de un gran tutor con quien lo unió una profunda amistad –me refiero a Alfonso Reyes–, Carlos Fuentes siempre defendió la tesis del regiomontano: la cultura o es universal o no es cultura. Lo demás es folclor. Por eso se lanzó a una aventura magna como lo es *El espejo enterrado*, en donde nos habla de Zurbarán o de Las bodas de Figaro, ese espléndido y complejo texto en que cruza los mares, el Atlántico en particular, para mostrar los puentes invisibles pero indestructibles que unen a las culturas de una y otra costa. Qué hombre más complejo y completo era Fuentes. Lo recuerdo en la excelente versión de ese libro –*El espejo enterrado*– elaborada por la televisión británica. Allí nuestro gran escritor se despliega frente a las cámaras como si lo hubiera hecho toda la vida. ●

REFERENCIAS

- Fuentes, C. (2002). *En esto creo*. Ciudad de México: Seix Barral.
 Fuentes, C. (2012). *Personas*. Ciudad de México: Alfaguara.
 Martínez, J. L. (1992). *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*. Ciudad de México: UNAM.
 Reyes, A. (1955). *Obras completas de Alfonso Reyes*, Tomo I. Ciudad de México: FCE.
 Reyes, A. (2011). *Diario*, Tomo III, 1930-1936. Ruedas de la Serna, J. (Ed.). Ciudad de México: FCE.